

á San Cirilo, arzobispo de Alejandria, quien queriendo reducirlo con suavidad y curarlo sin molestia, le aconsejó consultase á Dios. El solitario obedeció, y despues de haber pasado en oracion tres dias, volvió á ver á San Cirilo, y le declaró que ya no creia fuese Melquisedec el Hijo de Dios, sino un simple hombre; y que él lo habia visto en compañía de los otros santos patriarcas descendientes de Adán. Se citan tambien algunos rabinos que han sido de este modo de pensar (1).

Pero ninguno se ha declarado con mas energía y extensión en favor de la sentencia referida, que Pedro Cuneo (2) en su libro de la República de los Hebréos. Este autor la defiende con toda la erudición y elegancia de que es capaz; y es mucho decir, porque es á un tiempo muy instruido y elocuente. El conoció que una opinion tan singular necesitaba de toda su capacidad y de todo su arte. Créese, pues, que el Mesías fue el que se apareció á Abraham cuando volvía de su expedicion contra los cuatro reyes; que el santo patriarca al principio lo creyó un hombre; pero despues reconoció en él algo de mas grande y mas divino; que lo adoró como al Mesías que debía un dia aparecer en el mundo para salvar á los hombres, y le presentó ofrendas y el diezmo de lo que tenia. Créese que el mismo Hijo de Dios apareció á Abraham algunos años despues acompañado de dos ángeles que entraron en su tienda y recibieron el convite que les ofreció.

La diferencia que hay, dice el mismo autor, entre la aparicion hecha á Abraham bajo la encina de Mambre y la de Melquisedec en el camino, es que la Escritura dice expresamente hablando de la primera, que era el Señor, y en la segunda simplemente que fue Melquisedec, dejando á David y á San Pablo el cuidado de explicar esta aparicion. David lo hace en el salmo cix. (3), diciendo: *Tú eres sacerdote eternamente segun el orden de Melquisedec*, esto es, del mismo modo que Melquisedec; y San Pablo lo ha explicado mas largamente en la epístola á los Hebréos, cuando dijo por ejemplo, que Melquisedec habia sido hecho semejante al Hijo de Dios; es decir, segun nuestro autor, que el Hijo de Dios tomó entónces la forma, la estatura y el semblante que tuvo despues cuando vivió entre los hombres.

Añade que esto es lo que el Salvador quiso significar cuando dijo á los Judios, segun San Juan (4): *Abraham vuestro padre deseó con ansia ver mi dia; lo vió y se gozó*. En esto dice él, quiso significar la aparicion del Hijo de Dios á Abraham.

En la Crónica Pascual (5) se lee una particularidad tocante á Melquisedec que tiene alguna relacion con lo que pretende Cuneo. Se refiere en ella, que Abraham dijo un dia á Dios: „Señor, si debeis enviar vuestro ángel á la tierra en mi tiempo, hacedme „la gracia de que yo lo vea. Mas el Señor le respondió: No os „haré ver mi ángel, pero vereis la figura de ese dia. Bajad, „sabad el Jordan, y lo vereis.” Pasó el rio y vió á Melquisedec que venia hácia él; se postró y le adoró, *porque vió el dia del Señor, y fue colmado de alegría*.

(1) Rab. Moses Hadarcan.—(2) Lib. 3. c. iii.—(3) 4.—(4) Joan viii. 56.—(5) Pag. 49. edit. Ceng.

Sin embargo, este escritor se aparta de la opinion de Cuneo, creyendo que Melquisedec es un descendiente de Cam sacado por Dios de su pais, como Abraham; despues de lo cual fijó su morada mas allá, es decir, al oriente del Jordan, como Abraham mas acá, es decir, al occidente. Mas en este último punto se engaña sin duda: ningun autor ha colocado la ciudad de Salem en que reinaba Melquisedec del otro lado del Jordan. Respecto del dia del Señor que vió Abraham, es mucho mas probable que el Salvador quiso significar por estas palabras ó el nacimiento de Isaac, ó el milagro con que se libertó cuando Abraham se creyó obligado á sacrificarlo al Señor (1), ó la aparicion de los tres angeles á Abraham que estaba sentado á la puerta de su tienda y que habló á uno de ellos como si hablara á Dios mismo (2); ó significa que Abraham recibió en el Limbo la noticia de la venida de Jesucristo, porque él mismo se lo hizo saber.

Pero volvamos á Cuneo. El hace el comentario de todo lo que dice el Apóstol sobre Melquisedec, y lo acomoda á su sistema. Insiste principalmente sobre estas palabras de San Pablo: *En la ley los que reciben el diezmo, son hombres mortales* (3). Pero en este pasage del salmo: *Tú eres sacerdote eternamente, segun el orden de Melquisedec*, se habla de Melquisedec como de una persona viva; y si vivia en tiempo de David, no era ciertamente hombre mortal. Nuestro autor, finalmente rechaza con orgullo y desprecio las demas explicaciones que se dan á estos pasages: *Agant se, versentque in omnes partes ñ quos et præsens et prior ætas tulit; nihil nisi nubes atque inania prensabunt nequicquam, et suis se tenebris involvent*.

Pedro de Molina habia defendido la misma sentencia de Cuneo; y despues otro llamado Jacques ó Santiago Gaillard, ha emprendido de nuevo su defensa en un voluminoso tratado impreso en Leyden en 1686. Pretende que Melquisedec no es propiamente un nombre propio de hombre, sino un nombre genérico que significa al Mesías en su calidad de *príncipe de la justicia*, como en otra parte es designado bajo el nombre de *sacerdote eterno*, de *rey pacífico*, de *Emmanuel* ó de *Dios con nosotros*; y que *Salem* no es una ciudad particular, sino un nombre apelativo que significa que el Mesías será un rey de paz. Se cita gran número de autores que favorecen esta opinion (4).

Cristobal Schlegel (5) que escribió expresamente sobre la persona de Melquisedec, se aplicó con mucha seriedad á impugnar á Cuneo. Nosotros no imtaremos ni su método ni su difusion, y nos contentaremos con explicar de un modo natural y simple los textos de Moises, de David y de San Pablo. Esta sola exposicion será bastante para mostrar que el partido adoptado por Cuneo de ningun modo es sostenible. En primer lugar, es fácil probar que Melquisedec era un hombre: Moises nos dice su nombre, su residencia y su empleo: *Melquisedec rey de Salem, sacerdote del Altísimo* (6). Este príncipe que viva no léjos de Sodoma y de Gomorra, cuya

IX.
Refutacion del sistema de Cuneo, ó explicacion de los textos de Moises, de David y de San Pablo, sobre Melquisedec.

[1] Gen. xxii. 1. et seqq.—[2] Gen. xviii. 1. et seqq.—[3] Hebr. vii. 8.—[4] Vide Acta Eruditor. Lips. an. 1686. p. 150.—[5] Disert. de persona Christi ad calcem Tene in Ep. ad Hebraeos.—[6] Gen. xiv 18.

defensa tomó Abraham tan generosamente, prendado de la magnanimidad del patriarca, vino á su encuentro cuando volvia de la derrota de los cuatro reyes coligados; lo colmó de bendiciones, le dió mil gracias por el importante servicio que acababa de hacer á todo el pais, y le presentó pan y vino, es decir, toda clase de provisiones á él y á su ejército victorioso. Abraham á su turno penetrado de respeto y de religion hácia el Altísimo, cuyo sacerdote era Melquisedec y de reconocimiento por la atencion de este príncipe, le ofreció el diezmo del botin ganado al enemigo y que no pertenecia á los reyes de Sodoma, ni á sus aliados. En todo esto nada se ve de sobrenatural, nada que indique que Melquisedec era mas que hombre.

El Salmista que mucho tiempo despues de Moises predijo la grandeza y el reinado del Mesias, no nos da una idea diferente: dice en el salmo cix. V 4 que el Señor dijo á su Cristo: *Tú eres sacerdote eternamente segun el orden de Melquisedec*. La eternidad recae sobre el Mesias y no sobre Melquisedec. El orden de Melquisedec se contrapone en este lugar al orden de Aaron. Tú serás sacerdote eternamente, no como los descendientes de Aaron, sino como lo fue Melquisedec, sacerdote del Altísimo, cuyo sacerdocio no pasó á sus descendientes, y que no tuvo como Aaron una familia que lo haya poseido por la dilatada serie de muchas generaciones; en cuanto á tí, tú lo poseerás solo y eternamente.

San Pablo (1) queriendo comparar el sacerdocio de Jesucristo con el de Aaron, y exaltar el del Mesias por lo que tiene de mas glorioso, reúne todo lo que dice la Escritura en honor de Melquisedec, y manifiesta que Jesucristo cumplió con infinitas ventajas todo lo que Melquisedec habia figurado antiguamente en su persona, en sus acciones y en sus cualidades de rey y de sacerdote. El Apóstol sienta por principio que Melquisedec era el símbolo de Jesucristo: *Assimilatus Filio Dei*: y se sirve de intento de esta expresion, *Melquisedec fue hecho semejante al Hijo de Dios*, para significar que Dios haciéndolo describir en la Escritura, se proponia trazarnos en él una imágen de lo que debia ser Jesucristo conversando entre los hombres. No dice que Jesucristo fue hecho semejante á Melquisedec, para evitar el riesgo de que se entendiese que Melquisedec existia ántes que Jesucristo, como un original sobre el cual Jesucristo se hubiese formado. Jesucristo es el original, Melquisedec es la figura ó la copia; pero esta figura ó copia apareció en el mundo ántes que el Mesias, que era el original y el primer objeto de todo el Antiguo Testamento.

San Pablo hace alto en la calidad de rey de Salem, ó rey de paz que poseía Melquisedec, y encuentra en su nombre *Melquisedec* ó *rey de justicia*, y en su sacerdocio, en los diezmos que recibe de Abraham y en la bendicion que da á este patriarca, rasgos de semejanza con el Mesias, y pruebas de la superioridad de su sacerdocio sobre el de Aaron. Finalmente nos descubre el misterio del silencio de la Escritura sobre los padres, y sobre la genealogía

(1) Hebr. vii. 1. et seqq.

de Melquisedec, para mostrar que Jesucristo no tuvo realmente padre en la tierra, ni madre en el cielo, y que es sacerdote eterno de la ley nueva. Así es como los antiguos padres de la Iglesia, y casi todos los expositores modernos lo explican. Este es el sentido que exige el fin y designio del Apóstol en toda esta epístola.

El pasaje que Cuneo cree decisivo para probar que Melquisedec no es un hombre sino el Hijo de Dios, merece algun exámen. Aquí (en la ley), dice el Apóstol (1), *reciben diezmos hombres mortales; más allí* (en lo que se dice de Melquisedec) *se da testimonio de que vive*, porque en efecto, como observa San Pablo, la Escritura no habla del principio ni del fin de su vida. Mas de ninguna manera se infiere de esto que Melquisedec sea eterno. El silencio de la Escritura da motivo para descubrir en Melquisedec una eternidad representativa, mas no una eternidad real que solo se halla en Jesucristo, de quien Melquisedec era figura, y cuyo sacerdocio es verdaderamente eterno.

Cuando la Escritura, hablando de Melquisedec, no hace mencion de su padre, ni de su madre, ni de su genealogía, ni de su nacimiento, ni de su muerte; por este silencio Melquisedec se hace semejante al Hijo de Dios que permanece sacerdote por siempre, como Melquisedec no aparece en la Escritura sino vivo y revestido del sacerdocio; porque la expresion, *manet sacerdos in perpetuum*, no debe entenderse de Melquisedec sino como figura de Jesucristo, y aun segun el griego, puede juzgarse que el Apóstol no lo entendia sino de Jesucristo de quien Melquisedec era figura; porque el sentido de estos tres versos, segun el griego, es en mi opinion el siguiente (2): „Este Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Altísimo, que vino al encuentro de Abraham, cuando volvia de la derrota de los reyes, y que lo bendijo, á quien Abraham dió el diezmo de todo lo que habia ganado, se llama al principio, segun la interpretacion de su nombre, rey de justicia; despues es llamado tambien rey de Salem, es decir rey de paz; aparece sin padre, sin madre y sin genealogía; no se ve ni el principio ni el fin de su vida; sino que se ha hecho semejante al Hijo de Dios que permanece sacerdote para siempre. Considerad tambien &c.” Es un hebraismo muy comun subentender la particula relativa de que los Griegos y los Latinos han hecho un pronombre. Nada es mas frecuente en el hebreo. En el salmo vii el hebreo: *Incidit in foveam, fecit*, tradujo bien la Vulgata: *Incidit in foveam quam fecit*. En el salmo ix *Infixa sunt gentes in interitu, fecerunt; in laqueo isto, absconderunt, comprehensus est pes eorum*, tradujo bien, *Infixa sunt gentes in interitu quem fecerunt; et in laqueo isto quem absconderunt comprehensus est pes eorum*. El libro solo de los Salmos presenta una multitud de frases semejantes. Este hebraismo ha pasado al griego del Nuevo Testamento, en el que se hallan algunos ejemplos de él. En la epístola de San Pablo á los Efesios, cap. ii. V 5, dice el griego *Convivificavit nos in Christo, gratia estis salvati*; y traduce bien la Vulgata: *Convivificavit nos in Christo, cujus gratia estis*

(1) Hebr. vii. 8.—(2) Hebr. vii. 1. et seqq.

salvati. En la primera epístola de San Juan cap. iii. v. 12. dice el griego: *Non sicut Cain, ex maligno erat*, y se traduce bien: *Non sicut Cain, qui ex maligno erat*. En el Apocalipsis cap. i. v. 5. dice el griego: *Et a Jesu Christo, testis fidelis*; y se traduce bien: *Et a Jesu Christo qui est testis fidelis*. Me parece, pues, que podría entenderse aquí de un modo semejante: *Assimilatus autem Filio Dei, manet sacerdos in perpetuum*, es decir, *Assimilatus autem Filio Dei, (qui) manet sacerdos in perpetuum* (1). Sea lo que fuere, siempre es cierto que el Hijo de Dios es sacerdote eterno, y que en esto es representado por Melquisedec que aparece en la Escritura como sacerdote del Altísimo, sin que se hable de su nacimiento ni de su muerte. Silencio misterioso que puede muy bien significar una eternidad figurativa en la persona de Melquisedec; pero de que en ninguna manera puede inferirse la eternidad real de la misma persona.

Otros (2) defienden que el texto *Contestatur quia vivit*, no solamente mira á Melquisedec, sino á Jesucristo que vive y es inmortal. Pero la explicacion que hemos propuesto parece mas conforme á la letra y al sentido del discurso del Apóstol.

No nos detendremos en impugnar á los que han pretendido que Melquisedec era un ángel. Esta opinion queda refutada en el hecho de probar que era un hombre, un rey de la ciudad de Salem en la Palestina: lo que toda la Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, nos enseña, segun acabamos de manifestar. A lo que puede añadirse este discurso: Melquisedec era ciertamente figura del Hijo de Dios: *Assimilatus Filio Dei*, dice el Apóstol. Pero ni el Espíritu Santo, ni el Hijo de Dios, ni un ángel que se aparece á los hombres, pueden ser tipos ó figuras del Mesias; luego Melquisedec no era ni un ángel ni el Hijo de Dios, ni el Espíritu Santo.

La economía que Dios guardó en el Antiguo Testamento para hacer anunciar y figurar al Mesias, ha sido suscitar hombres como Noé, Isaac, David y Salomon, en quienes ponía caracteres que representasen las calidades, las perfecciones y funciones de su Hijo; ó suscitar profetas que lo describiesen, y determinasen las circunstancias de su venida, de su muerte y de su resurreccion, en sus discursos, y algunas veces en sus acciones. Este es el camino general que siguió en todo el Antiguo Testamento; y sobre este fundamento han hablado siempre el mismo Hijo de Dios y sus apóstoles. Jesucristo no nos cita sino palabras ó acciones de profetas y de antiguos patriarcas, cuando quiere probarnos que él es el Mesias, que en él se encuentran los caracteres señalados en la Escritura, y se verifican las figuras de la ley y las promesas de los profetas. Los apóstoles en sus discursos y en sus epístolas hacen lo mismo.

Si algunos antiguos padres han descubierto á Jesucristo en las apariciones del Antiguo Testamento (3), no tomarémos empeño en

(1) Calmet lo ha trasladado en este sentido en la traduccion que ha unido á su comentario y que dice: *Siendo así Melquisedec la imagen del Hijo de Dios, el cual permanece sacerdote para siempre.*—(2) Heins. *Ezercit. in hunc loc.* Ita Ambrosiast. *Quis est qui vivit? Ille etiam qui secundum ordinem Melchisedech factus est sacerdos in aeternum.* Ita Jacob Capetl. Knatebutl. in *Hebr.* vii. 8.—(3) Vide *Tenam in Epist. ad Hebr. c. i. difficult. 2. se t. 2.*

X.
Refutacion
de los que
han preten-
dido que
Melquisedec
era un ángel

oponernos á su creencia, y lo reconocerémos con ellos en el sentido en que lo reconocieron. Confesarémos que el que recibió las adoraciones de Abraham, y á quien la Escritura llama JEHOVAH, que es el gran nombre de Dios, el nombre incomunicable (1); que el que se apareció á Moises en la zarza ardiente, y el que dictó la ley sobre el monte Sinai, representaban al Hijo de Dios; esto es, que eran ángeles, como la Escritura misma nos lo enseña (2), que representaban al Verbo Eterno, y hablaban en su nombre. Pero sostenemos que el encuentro de Melquisedec y de Abraham, no es una aparicion. Toda la historia de Moises prueba lo contrario; y cuando lo fuera, no podría ser el Hijo de Dios el que se representase á sí mismo bajo la forma de Melquisedec; la figura y la cosa representada deben ser realmente diferentes. Mas cuando conviniéramos en que era un ángel, no sería ménos verdadero que Dios no ha escogido á los ángeles para figurar á Jesucristo, pues no debía unirse á los ángeles por su encarnacion (3), sino á la naturaleza humana; era regular que entre los hombres produjera personas propias para representarlo y anunciar su venida.

Para terminar esta Disertacion, dirémos con el mayor número de los padres (4) y de los intérpretes, que Melquisedec era un rey de la descendencia de Canaan; que adoraba al verdadero Dios y observaba la justicia; que vivía y reinaba en Salem, llamada por otro nombre *Jebus*, y despues Jerusalem; que habiendo sabido el importante servicio que Abraham hizo á todo el país persiguiendo á los cuatro reyes que habian vencido y despojado á los de Pentápolis y de los países vecinos, vino á su encuentro con víveres, y le dió su bendicion, es decir, lo colmó de elogios, é hizo votos por su conservacion en nombre del Dios Altísimo de quien era sacerdote. Abraham por su parte ofreció á Dios por las manos de Melquisedec, el diezmo de los despojos que habia ganado al enemigo, reconociendo así al Señor como primer autor de su victoria. En cuanto al sentido espiritual y alegórico contenido en esta narracion, se halla la llave en lo que San Pablo dice escribiendo á los Hebréos; sobre lo cual puede verse el análisis que damos de esta epístola en el Prefacio que colocamos al frente del tomo xxiii.

[1] *Gen.* xviii. 1, 2, 13, 20, 26, 33.—[2] *Act.* vii. 30, 35, 38. *Galat.* iii. 19. *Hebr.* ii. 2.—[3] *Hebr.* ii. 16.—[4] *Hippolyt. Irenæ. Euseb. Cesar. Euseb. Emisen. Apollinar. Eustat. apud Hieronym. Epist. ad Evangel. Ipse Hieronym. Joseph. l. 1. Antiq. c. 11. et l. 7. de Bello, c. xviii. Hegesipp. l. 3. c. ix. de Excid. Jerosol. Philo de congress. quar. Erud. Grat. p. 438. Theodoret. g. 63. in Genes. Oecumen. in Hebr. c. vii. Chrysost. in Ep. ad Hebr. homil. xii. Theophyl. Theodoret. alii passim.*

XI.
Conclusion.